

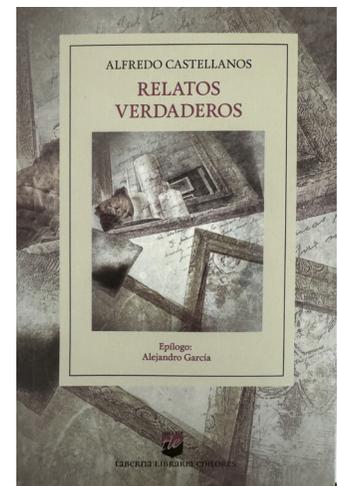
Paisajes desdibujados

Edgardo Alarcón Romero

El epílogo que escribe Alejandro García y cuyo título «Jardines tranquilos, infiernos tan grandes» nos encamina a ese mundo humano que pareciera no existir y, sin embargo, representa el escenario en el que acuden todos los personajes, incluyendo algunos trazos de vida, nostalgias, quehaceres propios de la existencia de Alfredo Castellanos, que pasa a formar parte, interactuando, creando ambientes diversos, en los que toma matiz el paisaje existencial, propio del lugar en que habita: Fresnillo, Zacatecas.

Desearía hacer un análisis exhaustivo de cada cuento que integra esta obra, y analizar por cierto los aspectos psicológicos, las vivencias y sueños de cada personaje: a Jorge, Beto o Héctor de «A buen resguardo», o don Richard de «El fotógrafo», o al general Gutiérrez o a Santitos, cuya historia de vida nos estremece o hace estallar de silencio nuestro corazón, y que revela hechos tan propios de este mundo o infierno, si ustedes, apreciados lectores, quieren apodar los hechos que acaecen en este mundo actual. Ya podrán tener sus propias apreciaciones después de leer y disfrutar este libro que también nos transporta a un paisaje lejano y desconocido por muchos de nosotros, los que no habíamos tenido noticias de estos paisajes agrestes, en los que se desarrollan estos hechos, desplazándonos, tal como lo expresa en el cuento «Fraternos» nuestro eximio escritor próximo visitante de Colchagua, y expresa «He viajado mucho a la velocidad del sístole y diástole a la vera de la carretera muy ligero de equipaje: A San Juan de los Lagos, Plateros, la Basílica, la Zona del Silencio, Real del Catorce, tanto que me han reventado los pies, pero ha valido la pena. Creo que un viaje al interior de este libro ha despertado en mí, y pienso que también les permitirá a ustedes adentrarse en este mundo mágico en que el lenguaje revive historias y hechos de la existencia misma, propias de la vida, aunque el ambiente y los paisajes sean dibujados en otras latitudes.

En el epílogo queda claramente especificado «El lenguaje es otra fiesta», aduciendo el rescate de las voces, las miradas y los silencios vitales del relato, el florecer del jardín que conforma y perfuma los ambientes, sin resquicios, sin adecuaciones que intenten mostrarnos un mundo inexistente, ya que los relatos verdaderos, estos dieciocho cuentos que conforman en libro, número sugerente y decidor, que desde el punto de vista espiritual simboliza «el dolor que es parte del proceso de lo inevitable», porque sería inconcebible una vida



Alfredo Castellanos, *Relatos verdaderos*, Taberna Librería, Zacatecas, 2023.

sin la tragedia propia que conlleva el existir mismo, porque el enfrentarnos a una realidad que no quisiéramos aceptar, maquillándola a veces, a fin de que no sea tan cruel, no sería entonces un relato verdadero, y el humo de cigarro se disgregaría, llevándose para siempre las nostalgias, sin poder revivir una historia real, intentando, por cierto, atraer el olvido, en que la lejanía pareciera ser un ave de sombras que se extravía en la memoria. La valentía de Alfredo Castellanos nos estremece, y lo relata en una línea o un decir con sutileza verbal y anímica, que lo hace grande y filosóficamente profundo, ya que no se vale de la ambigüedad o el retoque de emociones para aceptar un hecho que es real.

A mi parecer, como lector, hay en estas páginas una búsqueda de la luz espiritual que enaltece y muestra el camino al amanecer que nos renueva; queda este pensamiento absolutamente clarificado en el cuento «Fraternos»:

En dirección al oriente estaba un altar con mantel impecablemente blanco, en el que había acomodado una imagen del Sagrado Corazón, un Crucifijo con el Cristo despierto, otros santos: San Martín Caballero, San Judas Tadeo, Charbel, la Virgen de Guadalupe, además de velas de varios colores, flores [...] (p. 84).

En fin, la iluminación necesaria que crea posteriormente una atmósfera de solidaridad y apoyo necesario que ilumina otros tantos pasajes del libro. Asimismo, nos habla de una misión «para acercar un poco de luz a las tinieblas» (p. 85). ¿A qué luz se refiere? ¿De qué tinieblas nos habla? Quizá de esos «Infiernos tan grandes».

Con certeza podría decir que si nos quedáramos dialogando aquí, en esta biblioteca, seríamos también personajes de un cuento escrito por Alfredo Castellanos, un relato verdadero de nuestro propio existir, la huella de aquel cuento, o una fotografía en blanco y negro, una sugerente pincelada, o revivir las nostalgias de nuestra niñez. A mi parecer, sin embargo, abrir las ventanas, oír la voz de un escritor comprometido, de pensamientos solidarios y nobles, tal como lo expresa Alejandro García, al concluir el epílogo: «los relatos se dejan leer, buscan la complicidad y el beneplácito del lector». Sus palabras en este instante nos ayudarán a comprender, a dilucidar este mundo maravilloso, tejido de hechos y vivencias reales que nos ayudarán a valorar las huellas, las semillas sembradas en nuestro propio andar por la vida.